

rascoso se suscitan en las partes que acaban de recibir nueva forma de gobierno. Los hombres jamas están contentos con el que tienen, aunque la diuturnidad del tiempo les haya mostrado sus ventajas; la volubilidad es genial en ellos, esta se aumenta cuando hay aspirantes, y esta peste cunde hasta lo infinito en las revoluciones civiles. Si los ángeles no estuvieran confirmados en la gracia, tambien las habria frecuentemente en el cielo como la hubo cuando Luzbel, que por falta de este riquisito, fué lanzado al abismo con una gran parte de los mas bellos espíritus. A V. que se ha formado en nuestra escuela revolucionaria, no le será extraño que muy luego se comenzasen á esparcir hablillas por los partidarios de los españoles, y que se repartiesen por mil partes papelillos alarmantes en Guadalajara, asegurando la próxima venida del ejército de Calleja. Efectivamente, esto y mucho mas ocurrió. Pasó lo mismo en Oaxaca cuando la ocupó Morelos é hizo libre, (yo testigo). El 11 de diciembre se avisó á Hidalgo que los europeos presos en el seminario y colegios de S. Juan, combinados con un lego carmelita y un sacerdote dieguino iban á asaltarlo: teniase por inconcuso que en la huerta del convento del Cármen se habian fundido de antemano cañones de artillería, y así creia á los europeos muy capaces de una sangrienta intentona; habialo precipitado al despecho la gratitud con que se condujeron los que habian sido beneficiados por él, y con esta predisposicion ya no queria mostrarse indulgente; creyó, pues, (repito) lo que se le dijo sin descender al exámen legal de un proceso, y decretó deshacerse de tan obstinados enemigos, como lo habia comenzado á ejecutar en Valladolid mandando decapitar en el cerro de la Batea mas de ochenta. Segun informes que he recibido, pasaron los que se ejecutaron cerca de Guadalajara en las barrancas del salto y otras, de setecientos, extrayéndose cierto número cada noche que se entregaban al torero Marroquin que regentaba estas horribles ejecuciones. Yo jamás las aprobaré, aunque entiendo que el derecho de represalia no es desconocido en el derecho público y de la guerra como último recurso, y tambien sé que Venegas, Calleja y sus satélites, no menos que las juntas de seguridad, sacrificaban á los

infelices mexicanos do quier que existian, desentendiéndose de las formas protectoras de la inocencia en los juicios, y mandando en sumaria á Cádiz bajo partida de registro á los Castillejos, Callejas, Acuña, y otra porcion de jóvenes harto recomendables. Decretar á sangre fria ejecuciones de esta naturaleza, es cosa en extremo dura é inícu; nunca podré pasar por ella aunque me encoja de hombros y diga con el poeta... *Nulla salus bello.*

Sobre todo lo dicho ocurrió un hecho que no creo debo omitir como historiador. El día 12 de diciembre en que Guadalajara estaba en la mayor consternacion por la conspiracion indicada, se hallaba Iriarte en la villa de Aguascalientes con su division. Sus artilleros se ocupaban en hacer cartuchos en una casa de la calle de Tacuba: tenian la pólvora á granel, y no guardaban ninguna de las precauciones que en estos casos se tienen, pues entraban y salian fumando en la pieza como si no hubiese peligro: así es que repentinamente sin saber como, se dió fuego á la pólvora, la detonacion fué tan horrisona como cruento el estrago, pues desaparecieron cerca de ochenta personas: estampáronse los cuerpos de algunos en las paredes, llegando hasta cerca del convento de dieguinos: otros desaparecieron sin que se supiese mas de ellos, y apenas se encontraron sus restos: la casa casi se arrancó de cimientos: volóse como la quinta parte de la manzana, y lo mismo sucedió con la acera de enfrente. En este conflicto, una voz resuena y dice que *aquella era una traicion de los gachupines*, y he aquí á los indios de la division de Iriarte que toman enfurecidos sus armas, y se salen rabiosos por las calles matando á cuanta persona blanca encuentran, creyéndolos europeos. Iriarte tuvo que retirarse luego á la hacienda de Piñuela, distante cinco leguas de la villa, y de allí retrocedió para Zacatecas. En breve llegó la noticia de esta desgracia á Guadalajara, donde se hizo creible para el vulgo nécio, tal como se habia contado, porque las patrañas aun las mas despreciables siempre hallan padrinos, ¿ni cómo podia dejar de tenerlos esta en dias de fermento y odio contra los españoles? ¿Faltó acaso en Roma quien le atribuyese el incendio de aquella capital ejecutado por Neron á los cristianos, aunque de costumbres entonces puras y cuales no las

tienen en el día? . . . He aquí, amigo mio, una incidencia que tuvo no poco influjo en esas decapitaciones horribles y desastrosas.

V. habrá leído un poemita escrito por un fraile dominico de Guadalajara, é impreso en esta ciudad en la oficina de Arizpe, en que detalla con exageracion estos hechos, y en él se falta á la verdad, lo mismo en lo que ha dicho D. Fermin Raigadas cuando pinta á Hidalgo en Guadalajara entregado á la disolucion, y en los brazos del placer, sin ocuparse de otra cosa que de saciar unas pasiones brutales, y de que no podia estar agitado un hombre de su edad, y ocupado sériamente en llevar al cabo la grande obra de libertar á la América mexicana. Hidalgo luego que llegó á Guadalajara llamó cerca de sí á D. Roque de Abarca, militar formado por verdaderos principios (aunque no nos acreditó un valor á toda prueba) y este le franqueó los mejores libros del arte de la guerra. Oía de su boca lecciones importantes con una asídua aplicacion, no de otro modo que Lúculo durante su navegacion para el Asia, revolvia las lecciones de Polibio; de modo que cuando se avistó con Mitridates, aquel grande hombre de letras, fué para derrotarlo, y llegó (dice la historia) formado general. Pluguiese al cielo hubiese dado la misma fortuna á Hidalgo contra el mayor enemigo de la libertad mexicana, así como la concedió á aquel contra el mas formidable perseguidor de los antiguos romanos, y que decapitó á ochenta mil de estos; ¡mas ay! que el cielo disponia otra cosa y nos queria purificar en el crisol de las mas amargas tribulaciones y pesares. Hidalgo reunió juntas de guerra para que se ocupasen del arreglo de los cuerpos militares que comenzó á formar. Montáronse luego cuarenta cañones, calibres de á cuatro hasta doce: los restantes hasta noventa y seis se llevaron en carretas para el campo de Calderon. Construyéronse muy curiosamente dos carros de municiones de los que (como despues veremos) uno se prendió fuego el dia de la accion y se voló, lastimando á Allende. Construyéronse cohetes enormes con flechas ó puas de hierro agudas, para desconcertar la caballería. Trabajóse mucho parque, á mas del que se trajo de S. Blas. Faltaba fusilería, pues apenas habia mil doscientos de armamento viejo y recompuesto, quitado

á los enemigos, sin que se conociese entonces un fusil bueno de los de la torre de Londres: y para suplir esta falta se construyeron granaditas chicas, que lanzadas con hondas luego que se daba fuego á la espoleta, pudieran suplir la falta de mosquetes. Todo el ejército, y con él siete mil indios bravos de flecha que llevó de Colotlan D. José María Calvillo, se ejercitaron mas de veinte dias continuos en ejercicios militares en las llanuras de Guadalajara. Entre tanto, hubo una alarma la noche del 25 de diciembre, pues del pueblo de S. Pedro avisaron que á una legua de distancia se hallaba situado Calleja. Iluminóse en un momento Guadalajara, y Allende con unos cuantos amigos voló á hacer un reconocimiento, y trajo la noticia de que solo eran unos veinte indios que venian de Zamora enviados por el general Masias con unos pliegos. Creyóse por Hidalgo que convenia se moviese Iriarte de Zacatecas, marchando por Xalostotitlan al mismo tiempo que él saliese de Guadalajara, para tomar á Calleja á dos fuegos, y que por caminos desconocidos cargase un buen trozo del ejército sobre el general Cruz, que venia de Valladolid. Tambien se pensó dejar penetrar á Calleja á Guadalajara, y dividir en seis ó mas trozos el ejército americano, seguro de que el general español no podia hacer otro tanto con su ejército por no ser igual en número. Tal era la opinion de Allende, que siempre presumió que sus fuerzas no estaban en disposicion de medírselas con los brillantes europeos enemigos: tambien creia que en esta sazón deberia avanzarse sobre Querétaro. En esta ciudad tenia él un talisman que dulce é irresistiblemente le atraía el corazón, ó dígase mejor, una muchacha digna de su mano, la que jamas pronuncia su amable nombre sin sentir fuertes latidos, y que sus ojos broten dos hilos de lágrimas que ni aun tiene el consuelo de derramar sobre la tumba de este caudillo digno de mejor fortuna. ¡Dichoso él si sus planes se hubieran hecho efectivos! ¡Dichoso, si hubiera exhalado el último suspiro á la vista de dos nobles objetos que reclamaban su brio, su patria, y la depositaria de aquel corazón donde estaba como en su foco la llama hermosa que abrasó á todos los hijos del Anáhuac! Tambien se pensó por Allende en volver á Zacatecas

para traerse la fuerza de Iriarte; pero no lo permitió Hidalgo, pues entendió que este obraba de mala fe, y se esponia Allende á perecer con una declarada rebelion. Iriarte, á quien se conocia por el *Cabo Leyton*, veterano, y que *habia sido escribiente* de Calleja cuando servia en su Brigada de San Luis Potosí, estaba de acuerdo con él; así lo mostró la esperiencia, pues hecha prisionera la muger de Calleja por Iriarte, y la de este por Calleja, se las devolvieron mutuamente. Esta accion no induciria ninguna sospecha si se hubiera ejecutado en Europa, donde se hace la guerra segun el derecho público de las naciones, y donde se respetan sus máximas y se honra dignamente al bello sexo; pero no en un pais donde la guerra civil era tal como la define Mr. Peltier en su ambigú, es decir, guerra de salvages, y donde se desconocen hasta los mas comunes principios de la sociedad política.

El 14 de enero (1811) sabida la aproximacion del ejército vireinal, á las doce del dia comenzó á salir de Guadalajara el ejército americano dividido en tres trozos, y á la cabeza del primero marchaban Hidalgo y Allende, y con él salió la mejor infantería y artillería montada. Ignoro á qué gefe se confió el mando de la segunda division, y si me acuerdo que la tercera se dió á D. José Antonio Torres, el cual llevaba consigo noventa cargas de efectos preciosos, que le quitó el intendente Anzorena en el puente de Guadalajara, é impidió que fuesen á San Pedro Piedra Gorda. Campó el ejército en las llanuras inmediatas á dicho puente, y allí se mantuvo hasta las cuatro de la tarde en que se tuvo aviso por Masias de Zamora que D. Ruperto Mier habia perdido la accion de Urepetiro, y en ella veintinueve cañones. Por esta causa se movió el ejército de Hidalgo hasta el punto llamado de la *Laja*, donde campó esa noche. En la misma se celebró junta de guerra por Allende para examinar si convendria ó no dar accion á Calleja. Hidalgo estuvo por la afirmativa, ganó la votacion en la junta, y como tuvo un mal resultado, Allende se desabrió muchísimo.

BATALLA DEL PUENTE DE CALDERON.

Para formar á V. la relacion de esta memorable batalla, he oido los informes mas exactos que he podido adquirir, y los he oido

de la boca de dos oficiales respetables para mí, por su veracidad y buen juicio: ambos han convenido (como si disputasen en juicio contradictorio) en la verdad de la siguiente exposicion.

„En la tarde del 16 de enero de 1811, llegó el ejército de Calleja al parage llamado la Joya sobre el camino de Guadalajara, y como ya se avistaba el de Hidalgo, que se suponía muy numeroso por la gran polvareda que levantaban las columnas, se campó tomando posicion militar á la falda del cerro, que se halla á la izquierda de dicho parage de la Joya. Una partida de reconocimiento mandada por el general español se encontró con las avanzadas americanas, y despues de un corto tiroteo regresó al campo avisando que de lo poco que habia podido observar deducia que el ejército era harto numeroso. Redoblóse por lo mismo la precaucion en los campos recíprocamente, y se pasó la noche en alarma; el ejército americano multiplicó sus lumbradas, y no hubo novedad por ninguna de ambas partes.

A la mañana del dia siguiente, Calleja dividió su ejército en dos trozos: dió la izquierda al conde de la Cadena con cuatro piezas, y la derecha la tomó el mismo Calleja con lo restante del ejército. Mandósele á dicho conde que contuviese los movimientos de la izquierda de los americanos; pero sin comprometer accion, mientras Calleja por la derecha atacando decididamente las posiciones izquierdas contrarias, iba ganando terreno para obrar despues las dos divisiones de consuno sobre la loma de Calderon, en donde los espías decian que estaba la mayor fuerza. Pusieron-se en marcha ambas divisiones, y se comenzó á realizar con buen éxito. Eran muy gruesas las americanas que se vencian, quizas por los muchos puntos de apoyo que tenian en la retaguardia, y sin considerar que toda retirada es siempre un movimiento de debilidad para el que la hace, y de aliento para el que lo causa. En estos choques hubo pocos muertos y heridos; entre estos últimos D. Miguel Emparan, y muchos de los de parte de los americanos por la naturaleza de las armas con que se resistian; no de otro modo casi que los indios mexicanos de los españoles de Hernan Cortés. En este estado se realizaba el plan de la division de la derecha fielmente;

pero fué preciso variarlo porque el continuo fuego de la division de la izquierda indicaba hallarse en apuros; sospechas que fueron confirmadas por las noticias que de ella venian, y se tomó la resolucion de retrogradar, y volver á tomar el camino real para auxiliar á la division comprometida. En esta marcha se encontraban muchos soldados dispersos de la izquierda, dragones y caballos muertos: solo el ascendente de Calleja sobre la tropa pudo reunir á muchos, y que volviesen á la carga. A la subida de la loma despues de pasado el puente supo este general que la division del conde de la Cadena habia intentado tres ataques, y en otros tantos habia sido rechazada. Al reunirse ambas divisiones se le dijo, que en el parque ya no habia cartuchos de bala raza. El brigadier de artillería Ortega, dió orden estrecha de que se reunieran las diez piezas de artillería que llevaba, y que no se hiciese fuego sino hasta hallarse á tiro de pistola de la gran bateria americana. Mientras se verificaba la reunion de estos cañones, se reanimó un tanto la division del conde de la Cadena con la vista de Calleja y el resto del ejército: formaron ambas en línea de batalla con la artillería de frente; mas como los americanos querian impedir estos movimientos con su continuado fuego, exigió este alguna contestacion, y hé aquí que una granada calibre de á cuatro tirada contra la órden de que no se hiciera fuego, pegó en uno de los carros de municiones de los americanos y lo voló, notándose muy luego su horrible esplosion y estrago. Calleja, pues, emprendió la marcha de frente con el designio de romper el fuego á tiro de pistola. La esplosion del carro no solo produjo un gran daño en los americanos que llevó consigo, sino que ademas incendió una area inmensa de terreno de un pajon alto y muy seco, cuyo humo daba excitado por un recio viento y ventisca que hubo en aquel dia, humo que heria de cara al ejército de Hidalgo.

Esta notable circunstancia † y el movimiento firme del ejército

† El 18 de junio de 1809 dos mil españoles mandados por Blake en Belchite huyeron por la explosion de una granada disparada por cuatrocientos franceses guerrilleros en el depósito: esto es muy comun en la guerra, aun entre tropas muy disciplinadas y veteranas.

to español introdujo el desórden en el ejército americano, á quien la desgracia perseguia valiéndose de los mismos elementos. Su artillería llegó á mezclarse con la de Calleja, al mismo tiempo que los dragones del brigadier Emparan cargaron por la izquierda, y así es que en un momento el campo quedó por el ejército real sin tirarse un tiro. Sorprendiéronse los españoles al verse dueños de noventa y dos piezas de todos calibres; tantos componian la batería tomada, en la que se hallaron muchos cadáveres, ya por el fuego de los ataques que recibian del conde de la Cadena, como por el de la esplosion del carro y cajones de parque que habia dispersos en varios puntos de la batería con muy poca ó ninguna precaucion.

En este estado solo restaba tomar una batería de seis piezas que se hallaba en la cima de una loma, y era el último punto fortificado en la izquierda de los americanos. Destinóse para esta operacion una division competente, quedando el resto del ejército sobre Calderon á la expectativa, no dudándose del buen éxito á vista de las operaciones anteriores, como se verificó. A las cuatro de la tarde salieron varios cuerpos de caballería en persecucion y alcance de los americanos dispersos, y nada particular hicieron, regresando á su campo despues de muy entrada la noche. Destinóse otra partida en demanda del conde de la Cadena, de cuya impetuosidad siempre se prometió el ejército un fin desastroso. Al dia siguiente regresó la partida, trayendo su cadáver lleno de heridas. Creyóse que por ganar la gloria disputándosele á Calleja habia precipitádose; pero es mas probable que despechado al ver que encontraba la resistencia que no esperaba, y que se resistian á entrar los cuerpos que mandaba, para alentarlos con su ejemplo se precipitó, llevando la delantera con unos cuantos de los suyos, en cuya sazon lo cortaron los americanos emboscados, le echaron lazo, lo arrastraron y se cebaron en él, dándole muchas heridas y contusiones; de modo que en su cuerpo se notaron no pocas hechas con varios instrumentos. Se ha averiguado que un mulato llamado Lino fué el que le dió muerte. Parece que no desagradó á Calleja la pérdida de este general, porque su carácter duro é inexorable no podia acomodo-

darse con el suyo, que casi era de igual temple. Los generales americanos hicieron cuanto estaba de su parte: Allende mostró brio; pero sus disposiciones fueron tomadas con precipitación, pues aunque ellos escogieron aquel local lo ocuparon con premura, y así es que no pudieron entrar en aquellos ápices y por menores que demandaba el sostenimiento de una lid que debía sustentarse con un ejército, que aunque no pasaba de siete mil hombres, venía orgulloso con sus triunfos anteriores, y estaba bien ejercitado y armado; de consiguiente su fuerza era doble.

Durante la acción el fuego fué vivísimo, pudiendo decirse que en toda su duración no faltó una bala en el aire. Los venados, lobos y coyotes tropezaban despavoridos con la gente al horrísono estruendo de tanta artillería, no de otro modo que después en el año de 1813 salían de sus madrigueras los tigres de las inmediaciones de Acapulco cuando el general Morelos atacó aquella plaza y después á la fortaleza de S. Diego. La tierra se estremecía con el estrépito de las grandes masas de caballería que corrían por diferentes direcciones. La historia nos había enseñado que las operaciones de la guerra son semejantes á las jugadas del ajedrez ó de las damas, y que una buena ó mala evolución decide la suerte del juego. † *El viento, el sol y el polvo* dan ó quitan las victorias: quitónos esta el viento recibido de cara, que además de arrojarnos el humo á los ojos, no permitía á las flechas que recibiesen la dirección que les daban los que las lanzaban á los españoles; tal vez se tornarían contra los que las despedían. Una helada en Rusia arrancó á Bonaparte la conquista de aquel imperio; una tormenta arrancó también á Felipe II el triunfo que esperaba conseguir con la escuadra invencible de la Inglaterra: los monarcas y generales no están destinados para luchar contra la naturaleza: así lo dispuso la Providencia para purificarnos, y que apreciásemos algún día el mérito de nuestra libertad y de hechos tan hazañosos; pero que se han disminuido, si no desaparecido de los ingratos americanos, que mi-

† Una granada disparada sobre un almaen de pólvora dió al conde de Galvez el mas completo triunfo en la Luisiana, y que pusiese en el blason de sus armas... Yo solo.

ran con desdén á aquellos primeros héroes. No sé por tanto, con que justicia podrá inculparse esta desgracia al Sr. Hidalgo: él hizo lo que pudo y alcanzó, y obró no como un párroco que trocó repentinamente el incensario por la espada, sino como un general consumado. La ciencia militar es en la que ménos rápidos progresos se han hecho derrepente, y su perfección ha sido obra de muchos siglos con el auxilio de muchas ciencias exactas aplicables á ella. Pasaron muchos años para que el elector de Brandembourg pudiera presentar un ejército que se batiera con los de sus enemigos, á pesar de su constante aplicación en organizarlo, de tener excelentes oficiales, armamento, maestranzas, y de hallarse en el seno de la Europa. Hidalgo, simado en el caos de una revolución monstruosa, sin armas, sin oficiales, sin táctica, en el brevísimo espacio de cuatro meses, por sí y sus tenientes, ataca ó se defiende en Guanajuato, en las Cruces, en Zacoalco, en la Barca y en Calderon. ¿Qué hombre es este, preguntará atónita nuestra posteridad, qué génio tan superior nació en el Anáhuac, que obró tan prodigiosos y terribles hechos? ¿Quién es el que trastorna en brevísimos días un imperio fundado con la fuerza, mantenido con inmensos tesoros, y apoyado sobre el fanatismo y superstición mas grosera? ¿Quién es este que conduce como por los aires cañones de enorme peso, y parece que juguetea con la naturaleza y burla su resistencia? ¿Fuiste tú, génio de Hidalgo, génio de la libertad, génio bienhechor, á tí se te debe esta inesplicable metamorfosis!... Sombra generosa, manes ilustres de nuestros libertadores, reposad tranquilos en el seno de la paz, y consolaos, porque si vuestros enemigos deturpan vuestra memoria, si maldicen vuestros afanes calificándolos de injustos y desatinados porque no correspondieron á vuestros deseos, mi voz unida á la de Lúcano os aplaude y dice de vuestros conatos en salvar vuestra patria, lo que de Pompeyo vencido por César en Farsalia.... *Victrix causa Diis placuit, sed victa Catoni*: si los dioses protejieron la causa de la tiranía, Caton, el virtuoso Caton, protejió la victoria....

BATALLA DE UREPETIRO.

Es preciso retroceder un tanto para seguir el hilo de la historia: vamos á buscar á Cruz, pero no al Calvario, porque aun no se le ha llegado su hora, sino camino de Valladolid para Guadalajara: este es el personage que ya comienza á figurar. D. Ruperto Mier, jóven digno de mejor fortuna por sus buenos talentos militares, fué nombrado coronel por el cura Hidalgo de un regimiento de infantería, al que solo pudo dar ochenta fusiles de armamento recompuesto: situóse en el puerto de Urepetiro, punto ventajoso y desde donde se prometió si no derrotar á Cruz, á lo ménos contenerlo para que no engrosase el ejército de Calleja, plan bien combinado y que por poco surte sus efectos. Salió el general español el dia 14 de enero de Tlasascalca (1811) y halló situados á los americanos en un cerro rodeado de quebradas y bosques, sobre cuya eminencia tenian una batería de diez y siete piezas, arma con que se prometian suplir por la falta de fusiles. Las tropas destinadas por Cruz á su reconocimiento, fueron rechazadas; pero destacadas otras por diferentes direcciones lograron flanquear á los americanos, que no podian cubrir todos sus puntos, aunque no se limitaron á los términos de una defensa; pues alentados con el retroceso obtenido sobre el primer cuerpo que los atacó, avanzaron por su derecha colocando en ella nueve piezas. D. Pedro Celestino Negrete, á quien Cruz destinó con el batallon de marina y dos piezas de cañon, reforzado con el primer batallon de Toluca, avanzó hasta colocarse á tiro de pistola, y avanzó á la bayoneta dada la primera desnarga: debióse el buen éxito de este ataque al abrigo de una cerca que cruzaba por aquel punto, donde rectificó su batalla, tanto cuanto lo permitia el terreno escabroso. Muy luego se ocupó aquel punto, mientras hizo lo mismo sobre la batería izquierda americana el teniente coronel D. Francisco Rodriguez: costóle á este mas caro el triunfo, pues los americanos le cargaron réciamente y estuvo á punto de ser envuelto. Cayó por tanto la artillería de Mier en poder Cruz: consistia esta en veintinueve cañones muy mal construidos, y lo mismo sus útiles: dispersáronse los ameri-

canos tomando por diferentes direcciones: la accion fué reñida, y habria quedado por ellos á haber podido cubrir con mosquetes sus baterías: Mier acreditó valor, y despues en Guadalajara Cruz le respetó como á esforzado, y le hizo justicia, vindicándolo en cierta vez en que fué insultado por un compañero suyo y tratado de cobarde. Tal es la famosa accion de Urepetiro de que tanto alarde ha hecho Cruz, olvidándose del valor y conocimientos de Negrete que le proporcionaron el triunfo. Si el cura Hidalgo hubiera presentido esta desgracia y no se hubiera confiado en la posicion de Mier, habria ocupado dos dias ántes el punto de Calderon y situándose allí con mejores conocimientos del local, sus medidas de defensa habrian sido mas acertadas; pero no se movió de la Laja, sino hasta la tarde del 15 en que avisó Masias de la derrota de Urepetiro. Costó caro esta victoria á los españoles, pues ademas de haberse visto rechazados, se les voló un repuesto de municiones que los puso en consternacion, segun me dijo muchas veces el coronel Pedraza, fraile franciscano que asistió á esta accion y murió ya en Nueva Orleans.

Aunque el triunfo de Calderon se consiguió por Calleja en la tarde del 17 de enero (juéves), se mantuvo en su campamento y no dió un paso adelante para entrar en Guadalajara, hasta el 21 que lo verificó, llevando mas de doscientos infelices tomados casi como los de Guanajuato, y á quienes reputó como prisioneros de guerra para diezmarlos, y fusilar, como lo hizo, á muchos de ellos: tuvo la inhumanidad de hacer sacar del hospital á un anglo-americano moribundo, y conducido en camilla, fué pasado por las armas. Tres horas despues de la entrada de Calleja hizo la suya Cruz: estos generales jamás se habian visto; Cruz era mas antiguo en el grado de brigadier, y aunque por este título le correspondia tomar el mando, cedió muy luego de su derecho y se aprestó á seguir para el puerto de S. Blas en demanda del presbítero Mercado, pues se le dijo que entre muchas cosas preciosas que llevaba consigo, merecia particular atencion un cofrecito de muy ricas alhajas; ¡valiente estímulo ciertamente para un hombre devorado de la rabiosa sed del oro! El cura Mercado desemparó la artillería que tenia situada en diferentes puntos; pues no podia